

Óscar Montoya

**DE OTRO LUGAR**

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Óscar Montoya, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-438-2

Depósito legal: M. 13.352-2019

Printed in Spain

*Para Beatriz*



## Notas contextuales

---

1. El Cuerpo Superior de Policía (CSP) fue una institución armada española, creada durante el periodo de la Transición y antecesora del actual Cuerpo Nacional de Policía. También fue conocido coloquialmente como *Policía Secreta* o simplemente *la Secreta*. Se les llegó a llamar despectivamente (sobre todo dentro del gremio policial) «los chapas», por la forma en la que se identificaban, mostrando la placa (...). El Cuerpo sufrió de importantes deficiencias organizativas, de desorganización y la necesidad de una modernización interna, lo que impidió un desempeño óptimo en sus funciones.

FUENTE: Wikipedia

2. Ummo sería el nombre de un exoplaneta del que hipotéticamente procedería la civilización ummita, que habría contactado con personas de la Tierra. La información llegó en forma de documentos y cartas enviados a grupos de personas creyentes en el fenómeno ovni y gozó de cierta popularidad en España y Francia en las décadas de 1960 y 1970 (...). Estos seres afirmaban venir del planeta Ummo, un planeta en órbita alrededor de la estrella enana roja Wolf 424, situada en la constelación de Virgo.

FUENTE: Wikipedia

3. En 1980 una barra de pan se vendía por un precio medio de 15 pesetas. Un litro de gasolina súper rondaba las 54. Un Seat 124 costaba 499.766 pesetas. El salario mínimo interprofesional se fijaba en 22.770 pesetas. Una entrada de cine, el día del estreno, costaba en torno a 200 pesetas.

# Nota del autor

---

Los hechos narrados en esta novela son ficticios;  
y los personajes, meros arquetipos.





—¿Tú lo admiras?

—Yo admiro su pureza. Es un superviviente al que no afecta la conciencia, los remordimientos ni las fantasías de moralidad.

*Alien, el octavo pasajero (1979)*



# El Ermitaño y El Sol

(Alicante, 1980)



# Conejo

---

En el Levante, el agua de grifo es intragable, no se puede beber. Menos mal que casi nunca bebo agua. Hace un calor insoponible. Me miro al espejo del recibidor. Todo el mundo me dice que me parezco a un policía. Será porque mi padre fue guardia civil dos veces, primero en el bando republicano, luego en el franquista; las dos en Carballiño, provincia de Ourense. Pero la gente no lo sabe, no tiene por qué saber eso. También dicen que soy igualito al doctor Jiménez del Oso pero en joven: la calva, la voz solemne, la barba... Lo que me recuerda que tengo que arreglar el televisor antes del viernes. Pero volvamos a mi lista de muertos: ¿Blas de Otero? ¿Marcuse? ¿Alejo Carpentier? ¿Félix Rodríguez de la Fuente?

Me asomo a la ventana. Calle Teniente Coronel Chápuli, once y media de la noche, veintisiete grados. Algunos vecinos han sacado las sillas al fresco. Adivino un tacón de un zapato de Cruz entrando en mi portal. Suena el timbre, termino el gintonic y abro sin preguntar. Conocí a Cruz al poco de mi llegada, en la discoteca Pirámide. También conocí a sus amigas, que gracias a dios hoy se quedan en casa. Araceli, la que menos me traga, se parece a Bárbara Rey pero en guapa. Ya oigo el motor del ascensor. Me vuelvo para observarme en el espejo. Parpadeo porque a veces se me enquista el rostro de mi padre. Siga-

mos: ¿Josef Mengele? ¿Alfred Hitchcock? ¿Torcuato Fernández-Miranda? ¿Jean-Paul Sartre?

Cruz me cree un tipo culto, pero la verdad es que no puedo decir mucho de la mayoría de todos esos nombres. Cojamos por ejemplo a Sartre. Sé que es francés, filósofo y que está bien traerlo a cuento en determinados contextos. Y nada más. Y ya es bastante. Apuesto a que Cruz no ha oído hablar de él en su vida. Lo sabremos ahora mismo. En cuanto a mi educación, lo poco que sé se lo debo a los curas, al seminario. Casi tengo el bachiller superior, no es poca cosa. Supongo que no todo el mundo ha estado a punto de tener el bachiller superior. Al menos no soy como esos atrevidos que opinan de todo sin que se les pregunte. ¿Nadie lo ha notado? ¿Nadie ha advertido que, en este país, cuanto más analfabeto es uno, más osado es? Yo no digo que sea una lumbrera, ya me gustaría. Lo único que digo es que con cuatro datos puedo salir del paso, y eso es lo más parecido a tener cultura.

Cruz entra sin saludar, deja un enorme bolso rojo sobre la mesa y pide un vaso de agua. «Ya no me queda de garrafa. Tendrá que ser de grifo», le explico. Entonces opta por un gin-tonic y sirvo dos. Quiere ver un poco la tele antes de ponernos manos a la obra. Le digo que está averiada, pero que el viernes estará lista. Se encoge de hombros y busca su bolso. Tiene el cabello liso adherido a la nuca, del sudor. Le gusta llevarlo corto. Le gusta llevar vaqueros. Le gustan todas esas ideas sobre la emancipación de la mujer. «Quinientas pesetas», me recuerda. «Quinientas», repito como un loro. Apago la luz del salón y enciendo la del dormitorio, que ilumina vagamente la estancia. Cruz saca el tablero del bolso y lo despliega sobre la mesa. Luego se dirige a la cocina y vuelve con un vaso.

—¿En quién has pensado? —pregunta.

—En Jean-Paul Sartre —respondo.

—¿Y ese quién es?

—Un escritor que pensaba lo que pienso yo, aunque yo no sé cómo decirlo.

Mientras Cruz extiende el tablero repaso mi lista de fallecidos en los últimos meses. Me vuelve a tentar Félix Rodríguez de la Fuente, pero creo que probaré con Sartre. Las dos veces que intentamos comunicarnos con el naturalista no hubo manera. No sé, supongo que desde el Más Acá hispano, será más fácil contactar con Sartre que con un compatriota que ha luchado cuerpo a cuerpo con una anaconda. En cuestiones de agenda, el español gana.

—Te agradezco que no hayas traído a tus amigas —le digo.

—Tú verás. Pero te repito que me ayudan a canalizar la energía.

—Solo se interesan por sus amoríos. No es serio, Cruz.

—Cada cual pregunta lo que quiere —zanja ella antes de colocar el vaso bocabajo sobre el tablero—. ¿Seguro que no quieres volver a intentarlo con el amigo de los lobos?

—Vamos con el francés. Si no responde, probamos con los extraterrestres.

Cruz cierra los ojos y murmura algunas palabras en valenciano. En general solo se expresa en español, pero acostumbra a comunicarse con los muertos en su idioma materno. Esta diglosia suya no es un hecho aislado. Franco ha hecho un daño terrible en el aspecto lingüístico, ha acomplexado innecesariamente a mucha gente. En Vigo es frecuente que aquellos que se avergüenzan por hablar gallego lo utilicen para dirigirse a sus perros, a sus gatos, a sus familiares con problemas mentales. Es cruel, pero es la pura verdad. Lo he visto un millón de veces. Mi madre nos educó a mi hermano y a mí en español, y las

raras veces que empleaba el gallego no lo hacía más que conmigo. En cuanto a mi padre, su idioma preferido era el silencio. Y el aullido cuando el caldo de grelos era de su agrado.

Ya han pasado varios minutos desde que comenzamos y el vaso no se mueve. Suponía que la cercanía de la muerte de Sartre iba a ser garantía de éxito, pero ya veo que no. Llevo poco tiempo en esto, debería fiarme más de la opinión de mi invitada, que para eso es médium. «¿Probamos con los marcianos?», pregunta con desgana, se nota que se muere de calor. Un segundo después se concentra e invoca a los alienígenas, pero el vaso sigue sin moverse. Temo que el fracaso del contacto se extienda también al encuentro sexual que debería producirse a continuación, como es costumbre. Me atrae lo que se cuece en el Más Allá, no lo puedo negar, pero un trasero, una boca y unos ojos como los de Cruz me atan irremisiblemente a este mundo. Trato de concentrarme yo también, llevo toda la semana pensando en ella.

—¿Por qué no te mudas aquí? —digo de repente.

—No empieces otra vez con eso, Antonio.

—Yo corro con los gastos. Si no sale bien lo dejamos y punto.

—Vamos, haz el favor de concentrarte.

De pronto el vaso se estremece sobre el tablero arrastrando el dedo índice de Cruz hacia la letra C. Me llevo un susto increíble, me incorporo y me vuelvo a sentar. Ya digo que no llevo mucho en esto y solo he visto moverse el vaso un par de veces, y nunca como ahora. Cruz también parece asustada, lo que me aterroriza todavía más. Pero ahí no acaba la cosa: después de la C, el vaso se encamina lentamente a la O, luego a la N y, tras una desconcertante pausa, visita las letras E, J y otra vez la O, donde se detiene definitivamente.

¿CONEJO? ¿Y eso qué quiere decir?



Miro a Cruz sin entender nada, y el silencio dura lo que tarda ella en invocar al espíritu: «¡Manifiéstate!», le apremia tres veces, pero solo se manifiestan mis tripas al segundo requerimiento. Francamente, lo de CONEJO me da muy mala espina.

Si la presencia hubiera escrito LOBO habría cabido al menos la posibilidad de que se tratara de Félix Rodríguez de la Fuente. Sin embargo el vaso ha dicho CONEJO y eso me preocupa, porque el maligno tiene una fijación obsesiva por los animales herbívoros, vete tú a saber por qué. Al final, ni se apagan ni se encienden las luces, ni el vaso se vuelve a mover, ni sucede ninguna otra cosa extraordinaria.

Hora y cuarto después todavía tengo el susto en el cuerpo, sobre todo porque no hemos dejado de hablar del incidente. Solamente hemos hecho un paréntesis coincidiendo con el acto sexual, que ha durado tan poco que no sé si lo habré soñado. En fin. Tengo tanto miedo que le ruego a Cruz que se quede, que no me deje tirado como tantas otras noches. Sin embargo, cuando ya estoy casi dormido noto cómo se levanta de la cama y se dirige a la silla donde cuelga la sobaquera. Con cuidado, extrae la pistola de la funda y hace como que apunta y me dispara. Pum, pum, leo en sus labios descoloridos. Se maneja mucho mejor que yo con las armas, de eso no hay duda. Es inútil insistir en que se quede: la que habla con los muertos debe madrugar para coger el autobús, se levanta a las cinco, trabaja en una fábrica de suelas de zapatos. Antes de entornar la puerta del dormitorio le digo que deje la luz del pasillo encendida. Y que haga el favor de pensar en lo de vivir juntos.

## Día libre

---

Quien no haya visitado esta parte del mundo no sabe lo que se pierde. Yo, lo confieso, no conocía el Mediterráneo. Ni mi largo paso por Madrid evitó que me sintiera como un paleta cuando llegué aquí y vi a tanto turista y a tanta chica guapa, las interminables playas y el ajeteo propio de la proximidad del verano. Lo juzgué como un golpe de suerte: de identificar a manifestantes y tirados en las inmediaciones de Atocha a acabar en este paraíso. Lo único malo: el agua de grifo. Ya en Madrid noté la diferencia, pero aquí es un disparate. España no tiene un problema con ETA y los militares, sino con la gestión del agua.

Por lo demás, ¿qué puedo decir? Parece que el país va hacia adelante. Y eso que siempre he desconfiado del ser humano. Toda mi vida he puesto en duda los logros de la Humanidad. Para mí que las pirámides las erigieron los extraterrestres, como las construcciones de los incas y las líneas de Nazca. Nos han dirigido desde tiempos inmemoriales como a ratones de laboratorio. El propio Jesucristo fue seguramente uno de ellos, como muy bien dice J. J. Benítez, cuyo último libro he de comprar. Sé que lo que digo es indemostrable y una inversión de la carga de la prueba, pero es una intuición. Sin embargo, los españoles estamos haciendo algo bueno, realmente bueno —algo que invalida en cierta manera mi teoría—, una obra

magna y sin ayuda externa, algo que se recordará durante generaciones: la Transición.

Día libre. Ando y desando el mosaico del paseo de la Explanada. Me detengo en las terrazas. Me como dos copas de helado, una con sombrilla. Fumo un cigarro tras otro. Disfruto de un paisaje de mujeres hermosas que vienen y van de la playa del Postiguet. No tengo ganas de pensar en Cruz ni mucho menos en mi madre, que dice que jamás la llamo y es verdad. Tengo treinta y dos años, dinero y ninguna responsabilidad. Ya son las doce y media de la mañana. Entro en Galerías Preciados y me llevo algo de ropa: un pantalón medio de invierno y dos camisas azules exactamente iguales. Cuando estoy a punto de salir caigo en la cuenta de algo: me he olvidado la sobaquera con el arma en el probador. Regreso corriendo y llego a tiempo de recuperarla. Me ahorro un montón de explicaciones.

Entro en un bar que sirve comidas. Desde mi última sesión de ouija ya no pido arroz con conejo. Una putada, en la Comunidad Valenciana. Espero que al próximo espíritu burlón no le dé por los gin-tonics. El camarero, que me conoce, me trae una cerveza y el último número del *Interviú*. La actriz Roxana Gaskan luce un llamativo bikini rojo, especialmente reducido en la zona de la entrepierna. Junto a ella destaca el siguiente titular: «Habla Ronald Reagan: Mi vida está en manos de Dios». Bueno, conociendo al personaje, quizá la vida de Dios esté en manos de Ronald Reagan. Pero me fijo sobre todo en este otro: «Familiares de policías: el gueto de Euskadi». Joder, ni el *Interviú* deja para otro momento el drama nacional. Además, me parece obsceno anunciar esto junto a la barriguita de la icónica Gaskan. El camarero me trae un filete con patatas y le entrego la revista.

Entro en la librería de la rambla de Méndez Núñez, una de las pocas que se ha percatado de la creciente demanda de libros esotéricos. Todavía no les ha llegado el último libro de J. J. Benítez. Me llevo, en su lugar, *Más allá de la muerte*, de Samael Aun Weor, seudónimo del gnóstico colombiano Víctor Manuel Gómez Rodríguez. De este tipo no sé mucho más que de Jean-Paul Sartre. De hecho, fui incapaz de leer varios libros suyos que dejé sin duelo en Madrid. En realidad rara vez acabo un libro, mucho menos una novela. No suelo pasar de las veinte primeras páginas, me aburro pronto, cuando no me duermo. Es como si buscase en ellos la respuesta a todas las preguntas, y eso, claro, no se le puede pedir a un escritor. Salvo que te llames Juan José Benítez, el intelectual español que más admiro.

En Alicante mis días libres se parecen mucho a los de servicio. Comparado con Madrid esto es jauja. Es casi como no estar en España. Salvo las bombas estivales de un comando itinerante de ETA y algunos encontronazos esporádicos entre comunistas y grupos residuales de extrema derecha, aquí no sucede gran cosa. Esto es un mundo en construcción especialmente diseñado para la recepción de divisas, capitales y algún que otro árabe con su séquito. La playa de San Juan está llena de grúas y albañiles salidos a los que no parece importarles trabajar de sol a sol. En cierta ocasión, cuando paseaba abstraídamente entre turistas y hormigoneras, me detuve frente a una de esas obras (un hotel, creo) mientras los obreros descansaban y se comían tranquilamente el bocadillo. Al verme reanudaron el trabajo. No era mi intención, pero les debí de recordar a otros tiempos. O a otra gente. Cruz me lo ha dicho muchas veces: se nota a leguas que soy un «chapa», que es como nos llaman a los de la Secreta, hayamos pasado o no por la extinta Social.

Saco las llaves de casa. He bebido un par de gin-tonics y una cerveza. Entre el calor y el agotamiento me cuesta respirar. Antes de abordar la cerradura miro a mi izquierda. Una pareja de chavales camina en mi dirección, agarrados de la mano. Me quedo embobado viéndolos, sobre todo a la chica. No es que tenga nada de particular, bueno, nada salvo esa camiseta de tirantes con un conejo sonriente estampado en ella (¿Bugs Bunny?). Me quedo paralizado hasta que pasan de largo. Finalmente, abro el portal y subo pitando las escaleras.

## Un télex de Madrid

---

El tipo que tengo a mi izquierda es tan burro que da hasta miedo. De él se cuenta una historia que no sé si será verdad y que muestra lo idiota que puede llegar a resultar alguna gente. Data de 1975, cuando pertenecía a la Social de Alicante; o sea, cuando existía la Social. Al parecer, él y otro compañero interrogaban a un chaval del FRAP<sup>1</sup> recién aterrizado de Roma. Se rumoreaba que varios extremistas italianos tenían intención de viajar al Levante mezclados entre los turistas, y el tipo que tengo a mi izquierda quería sus nombres. Entonces se podía pegar sin miramientos. Es más, no hacerlo estaba mal visto. No digo que hoy no se pueda atizar a la gente, pero hay que hacerlo sin sadismos. El caso es que como mis colegas no se cansaban de golpearle, el chaval delató a uno de los suyos.

«Antonio Gramsci», escribió en una nota. «¡Lo tenemos!», gritó el tipo que tengo a mi izquierda, y subió a cantarle al comisario que el hombre que pensaba viajar a España a organi-

---

<sup>1</sup> El Frente Revolucionario Antifascista y Patriota fue una organización armada creada en 1973 por el Partido Comunista de España (marxista-leninista), una escisión del Partido Comunista. Entre 1973 y 1978 utilizó la violencia terrorista contra la dictadura de Franco con fines revolucionarios. En 1975, el FRAP asesinó a un miembro de la Policía Armada y a un teniente de la Guardia Civil en sendos atentados llevados a cabo en Madrid. Tres de sus militantes fueron parte de los cinco últimos fusilados por la dictadura franquista, el 27 de septiembre de 1975.

zar la revolución era un teórico marxista fallecido en 1937. Sea cierta o no esta leyenda, debo admitir que yo tampoco había oído nunca el nombre del italiano, aunque sí creo que habría contrastado la información antes de hacer el ridículo ante el comisario. También es verdad que algunos interrogados, por orgullo o pitorreo, delataban a filósofos y teóricos extranjeros y mis compañeros se volvían francamente locos. No sabían si eran reales o inventados, del pasado o del presente, por lo que a menudo acudían a mí para corroborar su existencia, aunque por lo general tampoco me sonaban de nada. Eso sí, un día escuché algo sobre Gramsci que me llamó la atención, al parecer era una de sus frases más célebres: «El viejo mundo se muere, el nuevo tarda en aparecer, y en ese claroscuro surgen los monstruos».

Los monstruos de Gramsci. El tipo que creyó que lo podría atrapar se llama Fernando Segura. Tiene cara de listo, pero no es muy inteligente, todo lo contrario que su hermano menor, Carlos, que acaba de hacer acto de presencia. Los dos están adscritos a la Brigada de Información, heredera de la siniestra Social, y gozan de una fama terrible en la provincia. Si están junto a mí es porque el comisario nos ha reunido a todos en el pasillo de la segunda planta, lejos de miradas indiscretas. Seremos cerca de treinta inspectores. El resto de la plantilla, una veintena, o no trabaja hoy o está de baja o en comisión de servicios en otros puntos del mapa. A mi derecha, José Fernández, el jefe de la Brigada de Seguridad Ciudadana, a la cual pertenezco. Detrás de mí, Sempere, de la Policía Judicial, mi único amigo en estas latitudes, tan interesado como yo o más en la ufología.

Cincuenta asesinados por ETA en lo que va de año (empresarios, militares, pescadores, hosteleros, taxistas, marmolistas, policías nacionales; pero, sobre todo, guardias civiles). Una

sangría. Un muerto cada cincuenta horas. A pesar del comando itinerante que ya se ha debido de largar a Málaga, a nosotros nos queda lejos esta carnicería. Nos afecta, pero nos queda lejos. Estamos preocupados, pero desde la distancia. Además, el hatajo asesino no se ha cebado especialmente con los inspectores, solo tres o cuatro como mucho en toda su historia, aunque en esa lista figura la compañera Alicia Román, originaria precisamente de Alicante. Por eso nos cuesta asimilar lo que el comisario está a punto de decirnos (ya se ha filtrado el objeto de la reunión): que ha recibido un télex de Madrid de obligado cumplimiento. Que los de la Dirección General de Seguridad quieren jugar de nuevo a ser dioses.

Para no ser acusado de inoperancia, el ministro ha decidido, entre otras medidas que no vienen al caso, que cada comisaría aporte uno o dos inspectores al Norte. En comisión voluntaria de servicios, claro. Nada obligatorio ni definitivo, que el Estado no se sienta responsable subsidiario si un policía forzado a ir regresa en una caja de pino. Es sobre todo una cuestión estadística. Que la oposición reaccionaria no diga que el Estado ha dejado de tener presencia en ese territorio. Que la hemorragia de votos de la UCD se detenga. Al comisario se le avinagra el rostro. O mucho se equivoca o nadie se va a ofrecer voluntario.

—Con que vaya uno es suficiente —insiste el jefe—. Además, no será para labores antiterroristas. Realizarán tareas ordinarias, incluso administrativas: inspección de Guardia, Judicial, ya saben... —continúa, consciente de lo que nos está pidiendo—. Y, ejem, luego están las dietas, un pastizal. En cuatro meses pueden sacarse el sueldo de todo un año... Y comprarse un piso en Torrevieja.

Intenta bromear, pero nadie aquí está para bromas. Algunos compañeros, además, ya tienen piso sobre plano en Torrevieja. No para habitarlo, sino para alquilárselo a los turistas.



Mientras el comisario habla repaso mentalmente los pros y los contras de presentarme voluntario. Finalmente concluyo que lo único que puede hacerme desear el Norte es el hecho de poder beber agua de grifo. No encuentro más razones. Y claro, jugarse la vida por el simple hecho de beber agua baja en salinidad sería de idiotas, por mucho que sea un factor importante. Ya digo que el verdadero problema del país no es político, es el agua, pero de ahí a renunciar al paraíso donde me hallo, con sus copas de helado, sus caricaturistas en el paseo sacándoles la pasta a los turistas, sus chicas hermosas yendo y viniendo de la playa del Postiguet, pues no. Y bueno, no olvidemos a Cruz. Claro, la bella Cruz.

Y qué extraño que patriotas como los hermanos Segura u otros de los que se encuentran aquí no se hayan ofrecido ya. Estos, que se pasan el día hablando de la traición del Gobierno y del Rey, no han dicho ni mu. Realmente me estoy divirtiendo con todo esto. Hay que verlos. Ni uno solo de ellos mira al frente. ¿No es esta la oportunidad que estaban esperando para demostrar su amor a España? Joder, me dan ganas de acudir el próximo veinte de noviembre al cementerio de Alicante y decirles a los Segura, mientras depositan flores en el nicho vacío de José Antonio, que son unos patriotas de mierda y unos cobardes.

—Entonces no queda otro remedio —prosigue el comisario—. No me queda más que elegir un voluntario mediante sorteo, que tendrá lugar tal día como hoy dentro de dos semanas. Espero que en este tiempo alguno se lo piense mejor.

Mal asunto. Muy mal asunto. Yo diría que nadie se lo esperaba. Más de uno abre la boca para protestar, pero no hay nada tan democrático como la mala suerte. ¿Qué puede oponer uno contra el azar? Maldigo a este país de mierda. Como los de-

más, tengo una posibilidad entre cincuenta de salir elegido. ¡Una posibilidad entre cincuenta! Yo no me siento capacitado. Jamás he usado un arma, salvo en las prácticas de tiro. Y soy tremendamente despistado. Me olvidaría de revisar los bajos de mi vehículo un día sí y otro también. La gente sabe que soy un inútil, un bicho raro, un borracho. Y que acabo de llegar.

De pronto, como si me leyera la mente, el inspector Carlos Segura se decide a responder al comisario:

—Disculpe, señor, pero el azar puede ser muy injusto, sobre todo en estos casos. Muchos de los que estamos aquí, por nuestro historial de servicios a la nación, deberíamos conservar el anonimato en aquellas tierras —dice el malnacido antes de continuar—. Y también hay gente con responsabilidades familiares: niños con problemas, padres que no pueden valerse por sí mismos... Sería toda una crueldad obligar a alguien con estas cargas a hacer la maleta y largarse. No sé si me explico.

—¿Adónde quiere llegar, Segura? —le corta el rollo el comisario.

—Yo soy de la opinión de que quien lleve menos tiempo entre nosotros sea el elegido. Sería lo más justo —termina el de Información, y todos me miran esperando a que diga algo.

Vamos, hombre. Es verdad que no llevo aquí ni un año, pero ya me siento como en casa. Estoy lejos de Madrid, lejos de Galicia, lejos de mi madre, y entre Cruz y yo quizá pueda haber algo algún día. Ni de broma me voy yo al País Vasco, pedazo de cabrón. Y no, no voy a deciros nada, ni que sí ni que no, así que ya podéis esperar. Los gallegos tenemos esa facultad. Podemos estar en un estrado mirando al público durante horas sin decir nada o diciendo cosas que no significan absolutamente nada. Es un gen nuestro, nihilista, por eso os resultamos tan exóticos. Así que no me provoquéis. Además, parece que el jefe va a hablar.

—Le entiendo, Segura. Le entiendo —afirma—, pero ahora las cosas hay que hacerlas de otro modo. De una manera, digámoslo así, más participativa. Y no se me ocurre otra cosa mejor que el sorteo. Así que si alguien cambia de opinión que me lo haga saber cuanto antes.

Dos años atrás no habría tenido opción, pero los tiempos están cambiando. En fin. Terminada la reunión bajo con Sempere al primer piso. Mi compañero está tan nervioso como yo, diría que hasta le tiemblan las manos. Una posibilidad entre cincuenta. Una maldita posibilidad entre cincuenta, eso es lo que hay. Sin embargo, antes de salir a la calle reparo en la fotografía que preside la pared central del recibidor. Es el rostro sereno y joven de Alicia Román, una de las primeras inspectoras del país, aunque no tuve la suerte de llegar a conocerla. Se fue voluntaria a Bilbao al poco de incorporarse y regresó en una caja de pino una semana antes de mi llegada. Aquí nadie habla mucho de ella ni yo tampoco he preguntado demasiado, supongo que porque desde que ETA nos mata nos hemos vuelto más supersticiosos y preferimos hablar de otras cosas. Aun así, por cómo miran mis compañeros la fotografía al pasar junto a ella, diría que Alicia se ha convertido en una especie de imagen venerada en secreto, en la intimidad, desde la ilusa y brumosa distancia que otorga la vida. Yo mismo me habré fijado en esa foto y en esa mirada decenas de veces, pero la noticia del sorteo hace que cobre una nueva dimensión.

—Esa sí que tenía cojones —dice Sempere siguiendo el curso de mi mirada—. No como nosotros.

—Venga, hablemos de ovnis —intento cambiar de tema para conjurar el mal fario—. ¿Sabías que el carro de fuego de Elías era en realidad una nave extraterrestre? La Biblia habla de *ellos* un montón de veces, como tú muy bien sabes.